

El Baluarte

MADRID 6 um

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 89

Sevilla—Sábado 19 de Abril de 1902

AÑO XXVI

Las teorías de Moret

Verdadero asombro produjo en el ánimo de la mayoría parlamentaria tan bien dispuesta á aplaudir á su jefe, las afirmaciones que hizo en el Congreso contestando al discurso del señor Azcárate.

Dice el señor Moret que el Gobierno no va ni en contra ni en pró de las comunidades religiosas, que ellos quieren saber cómo viven para determinar su estado jurídico. Y manifiesta enseguida que lo mejor hubiera sido no autorizarlas, pero, ya concedidas las autorizaciones, hay que tratar con la Santa Sede.

No se concibe teoría más peregrina ni concepto más precario de la potestad del Estado con relación á esas asociaciones.

Dice además el señor Moret que el decreto de 19 de Septiembre es lo legislado sobre la materia, decreto que ofrece la dificultad de hablar de las comunidades concordadas, del tema expuesto y explicado por el señor Sagasta, puntualizando cuáles son las concordadas y cuáles las no concordadas, teoría que echa á tierra el señor Moret, porque desconoce cuáles son las que pertenecen á una categoría ó á la otra, y por eso va á la negociación con Roma.

Ahora ya sabemos, por boca del ministro de la Gobernación, que estamos condenados á soportar á todos los frailes y asociaciones religiosas y jesuíticas existentes, con la patente de la ley y la garantía de los derechos que nunca se les reconocieran, ni en nuestra patria ni el extranjero. Aquí, aparte las que se dedicaban á la enseñanza, y algunas á la vida puramente contemplativa, no se autorizó á ninguna comunidad; mas bien claro está el precepto contenido en el manoseado Concordato, que es ley en la materia, como lo son las disposiciones de los gobiernos de la época revolucionaria, de alguno de los que formó parte el señor Moret porque esas autorizaciones de carácter singular, concedidas por algunos ministros de Gracia y Justicia, implican una verdadera violación del derecho, y no han podido derogar la ley ni ampliar el alcance de aquel pacto de 1851, que todavía vamos á tener que reconocer más liberal que las disposiciones del gobierno democrático de 1902.

Ya lo sabe el país: los gobiernos de la regeneración, que han venido sucesivamente permitiendo la entrada de frailes, y que en secreto les han otorgado autorización para establecerse en España, venían preparando á espaldas del país contra la ley, y haciendo traición al sentimiento general de los habitantes de España, la manera de normalizar y legalizar la situación de esas milicias del Vaticano que nos han invadido, y hoy ya dentro y autorizadas en esa forma, se han creado un estado de hecho que hay que respetar, se atreve á decir un ministro demócrata y exrevolucionario.

Esto es inusitado, intolerable, indigno, en fin; porque autorizar el abuso y la transgresión de la ley para sancionarlo luego, apenas se concibe tamaña teoría y tan grande atrevimiento, dicho desde el banco azul, en pleno parlamento y á la faz del país.

Cesaron las manifestaciones vivas y ardientes en que se pedía ya la expulsión de las comunidades religiosas, cuando subieron los liberales al Poder.

Vino el decreto de González á ser un campo de espera que a'enuase ante la conciencia liberal los recelos que se despertaban en el pueblo contra el gobierno sagastino, y cuando venía el día del cumplimiento de la promesa, cayó aquel gobierno y juró el actual con el famoso pacto por el evangelio, y ahora venimos á parar en que los frailes están bien en España, que por su propio derecho se han establecido en nuestra casa, y que han ganado el interdicto posesorio, arrojando á la calle á los dueños del predio y de la tierra; y nosotros tan quietos y tan pacíficos, apurando en silencio esta nueva vergüenza y esta nueva humillación que nos pone á los pies de Roma, y como sirvientes de esas corporaciones odiosas arrojadas de todo el mundo por perturbadoras de la conciencia, corruptoras de las costumbres y acaparadoras de la propiedad del Estado y de los bienes de los particulares; quienes, según las famosas teorías de Moret, serán

intangibles, inviolables, inmunes y árbitros de derecho.

Cuando acabó de hablar el ministro, Nocedal, en un arranque espontáneo, no pudo contener su entusiasmo y exclamó:—Muy bien; nos otorgan más de lo que pedíamos.

Con esto está juzgado el ministro, el Gobierno, el Parlamento que lo toleró y el régimen que lo autoriza.

A. A.

Murmuraciones

Ayer y hoy han llegado á Sevilla todos los trenes sin que haya ocurrido nuevo descarrilamiento.

Aunque el suceso es digno de festejarse, como los sevillanos no nos tomamos calor por nada, ha pasado desapercibido.

La multitud forastera, en gran número y regocijada de verdad, recorre la ciudad entera, dando alegría y animación extraordinarias.

La Feria, pues, se está celebrando con buen tiempo, con buen humor y con buena concurrencia.

La noticia del fallecimiento del rey abuelo D. Francisco de Asís no nos ha entristecido para nada.

Nuestro alcalde echó sobre sí la responsabilidad de ponerse triste por un rato, en nombre de todos, y redactó el consiguiente telegrama dando el pésame á la augusta familia... que indudablemente estará sin consuelo porque hereda una millonada.

Y aunque el dinero siempre conviene, algunas veces, como ahora, fastidia.

Mucho más cuando se sabe que el difunto era queridísimo por toda su familia.

Tan queridísimo que... la mujer lo veía una vez al año, y los hijos cada lustro.

Decía al principio que la Feria de Sevilla, nuestra Feria incomparable—permítaseme este desahogo—se estaba celebrando con la mayor animación y regocijo... hasta ayer.

Ayer, y por quitarme allá esta felicitación ó sentimiento demostrado en cabildo por la salida de dos concejales y la entrada de otros dos, sentimiento y felicitación que al señor alcalde les supo á cuerno quemado, porque creyó entretener algo irrespetuoso para su autoridad porque había propuesto levantar la sesión en señal de duelo por la muerte del rey Paco... por ese motivo, no sé si llamarle fútil, que no me atrevo porque obedece á otras cuestiones más formales que indican que hay mar de fondo en el partido liberal sevillano, el señor Héctor y Abreu se amoscó, y, según cuentan, ha presentado la dimisión de su cargo con carácter irrevocable.

Resultando con esta contrariedad: Que aunque la alegría nos embarga, la Feria nos sorprende, las mujeres nos enloquecen, el vino nos aviva y toda la región andaluza nos acompaña, no obstante todo eso... ha venido á amargar esta copa de licor el actuar de la dimisión del señor Alcalde.

Es así que nuestros administradores comunales, que son los más obligados á guardar compostura en estos días, han dado la nota triste, haciendo resbalar al señor Héctor por la violenta pendiente del mal humor, untándole jaboncillo para que corriera.

Pudiéndose decir de nuestra Corporación municipal lo que, hablando del Ayuntamiento de Barcelona, dice un colega.

Lean ustedes:

«Ni palabra mala ni obra buena; resume y compendia esta vieja frase la labor actual de nuestros ediles. Para escribir una catilinaria contra el Ayuntamiento, faltarle primera materia al más impulsivo de los periodistas. Para hacer su elogio, ni el propio Scarpia, en oficios de publicista, encontraría argumento.

Como los niños que mueren sin bautismo, nuestros concejales no están en pena ni en gloria; el que quiera saber lo que es el limbo, que acuda al Ayuntamiento. Apesar de que mal intencionados hay que encuentran á la Casa de la Villa mejor similitud con el país de las Batuecas... El Alcalde remeda al alma de Garibay; los ilustrísimos temporeros á esos espíritus condenados á vagar por el espacio para susto de los chiquillos y espanto de los bobos. Realmente esto no es un municipio; es un ungüento comunal, que, aprovechando para todo, no sirve para nada.»

Ya no se puede decir esto último. Ha servido para hacer perder la paciencia á un hombre que tiene sangre de horchata como el Sr. D. Manuel Héctor y Abreu.

—Solución y explicación de este conflicto familiar?

La dará el señor Marqués de Paradas en cuanto venga, y en el primer almuerzo que celebre, en el que se trincarán chuletas á lo Borbolla y se beberá vino Labastida á todo pasto.

**

La Comisión del Congreso de señores Diputados, cediendo á las exigencias del gobierno de Palacio, ha accedido á que procesen á Lerroux (D. Alejandro), á Vicente Blasco Ibáñez y á don Rodrigo Soriano. Han cometido un delito: los tres son republicanos, de los que gritan y acusan y van contra Dios y el Diablo. Han escrito en los periódicos, el juez los ha denunciado, ¡y es natural!... debe hacerse porque se queden callados y no digan ciertas cosas que suceden en Palacio. Para el que roba millones en consorcio con el Banco, la inmunidad les preserva... Para el que busca el escándalo diciendo en letras de molde lo que debe estar callado, que con el juez se la entienda... ¡Estos liberales zánganos son peores que los neos! ¡Ya se ve! ¡Mucho más malos!

**

El señor Marqués de Mochales—¡my señor mío y caballero del santo sepulcro!—se ha separado del Sr. Duque de Tetuán.

Pero ¿habían contraído matrimonio?

Dice el señor Marqués en carta que publica la prensa cortesana, que recaba su libertad de acción.

¡Hace bien!

Era de muy mal gusto vivir en compañía de la ilustre estantigua que se nombra Duque de Tetuán.

Aunque aquí bien podría decirse aquello de Dijo la cazo al caldero:—¡Quítate allá, que me tiznal!

**

La gran duquesa Elena, prima del Zar de todas las Rusias, se ha escapado de su casa con un estudiante.

Las grandes duquesas se están volviendo unas grandes loquillas.

—¡Y qué habrá hecho con el estudiante la gran Duquesa?

—¡Vaya usted á saber!... Estarán descifrando problemas aritméticos.

**

La sociedad llamada Liga Católica sevillana ha celebrado reunión en el local Seminario Viejo para dar fe de su existencia y para acordar lo que han de hacer en honor de Cristo y por cuánto dinero.

A dicha reunión asistieron los santos Benjumea (al 50 por 100), el beato Calvi (60 por 100), los caristas Grimarest y otras futuras notabilidades del futuro Calendario.

A esta reunión, como á la otra, no pudo asistir D. Virtuoso, pero envió una de esas célebres cartas que tanto gusto dan á los prestamistas que se han puesto al servicio de Dios por medio de la fe, esto es, teniendo fe.

Y á propósito de la fe, se me viene á la memoria el siguiente hecho que voy á colocar aquí, porque me parece que cuadra admirablemente.

Estando una vez el papa Alejandro VI en casa de la cortesana Emilia, de la que era asiduo colaborador y amigo, entró en la casa el príncipe Pico de la Miranda.

Se acusaba por entonces á dicho santo padre Alejandro VI de haber cometido incesto con su hija Juana, la que había dado á luz un hijo, apesar de estar reconocido su marido por hombre impotente.

En casa de una cortesana, y en la grata compañía de aquel santo macho papal, de quien la historia cuenta horrores, es claro que no tengo necesidad de decir de lo que se hablaría.

En la conversación hubo el siguiente diálogo:

—Señor Príncipe—dijo Alejandro VI—¿quién creéis que es el padre del hijo de mi hija Juana?

—Señor—contestóle el príncipe Pico de la Miranda—¿de quién ha de ser? ¿De su marido?

—¿Y no sabéis que es impotente? ¿En qué os fundáis para creerlo así?

—En la fe, señor. Por medio de la fe estoy obligado á creer que la serpiente habló en el Paraíso terrenal; que se abrió el Mar Rojo al contacto de una varita; que Noé navegó dentro de un arca con su familia y un par de animales de cada especie, y que la burra de Balaán pronunció un discurso. Si por medio de la fe creo en todo eso, ¿por qué no he de creer que el hijo de vuestra hija sea de su marido?

—¡Ah!—contestóle Alejandro VI—¿sois un buen cristiano! Yo también tengo fe, convenci-

do de que, si ella no me salva, mis hechos no me salvarán.

Ahí tenéis la Liga Católica sevillana y á sus hombres haciendo de Papa Alejandro VI y de Pico de la Miranda.

Los Benjumea y Calvi *et ejusdem fursuri* quieren salvarse por la fe, convencidos, quizá, como Alejandro, de que por sus hechos no se salvarán.

—Pero vamos al grano. El grano de la Liga Católica fué la carta de D. Virtuoso.

Dicho varón venerable, entre otras vulgaridades, hace esta revelación:

«Dispersos esos elementos, pueden aún hacer algo, pero unidos serán invencibles, porque á la fuerza, inherente á la unión, se agregará la virtud del Altísimo, quien nos ha asegurado por su Verbo, Jesu-Cristo, que donde dos ó más se congregan en su nombre, allí está El á su vez.»

D. Virtuoso HA HABLADO, HA ESTADO UN RATO DE CONVERSACION, con Jesu-Cristo.

¿No decíais que ya no se daban milagros? Ahí tenéis uno vivito y coleando.

—Nos ha asegurado Jesu Cristo, por su Verbo...

¿Quién será este Verbo que le sirve de paje ó secretario á Jesu-Cristo?...

Quizás el *verbis-triqui* de que habla la musa guasona y popular.

Y sigue nuestro esclarecido D. Virtuoso diciéndole á los señores de la Liga Católica (al 50 y 60 por 100):

«Cierto que en Sevilla no se ha hecho hasta el presente todo lo que algunos quisieran; pero hay que culpar más á las circunstancias que á los hombres, y en todo caso, aunque en algún instante nos hubiéramos dejado dominar del desmayo ó del desaliento, hoy que el peligro arrecia, de creer es que, llamados por su voz potente, todos acudamos á la cita, y sin miedo y sin vacilaciones, nos juntemos en apretado escuadrón, y con las armas, que la fé pone en nuestras manos, peleemos en pró de la causa de Jesu-Cristo, que es la causa de las almas, de las familias y de los pueblos, la causa del rico y del pobre, del burgués, como hoy se dice, y del obrero, de la paz pública y de la paz privada, del común bienestar, de la civilización y del verdadero progreso.»

¡De todo, de todo! De lo malo, de lo bueno, de lo blanco, de lo azul, de lo bajo, de lo alto... de todo: la causa de Jesu-Cristo, que ya sabéis que consiste en darle dinero á la Iglesia, es de todo el mundo. Allí caben todos: la hiena y el cordero, la paloma y el gavián, como en el arca de Noé. ¡Todos!... pero con dinero en la bolsa.

Y apropósito: El Verbo de Jesu-Cristo, gran amigo de nuestro virtuoso Pastor, por lo que de sus mismas palabras se deduce, ¿qué noticias le habrá dado del capelo?

No debe de tener mucha confianza con el Verbo, ni sus relaciones serán muy estrechas, cuando, apesar de la intimidad que asegura existir, no ha podido lograr todavía su sueño dorado.

Un colega de la Corte, ocupándose en la noticia del fallecimiento del rey Francisco de Asís, dice:

«La noticia de su muerte fué conocida ayer en las Cámaras, y en el Congreso, y... el señor presidente se contentó con decir que se había oído con sentimiento y que se levantaba la sesión.»

¿Y qué quería el colega que hubiera dicho? ¿Lo otro?

¡Por Dios, amigo!... Respetemos la memoria de Marfori y Sor Patrocinio.

Paz á los muertos.

¡Qué mala sangre tienen algunos escritores!...

**

Aclaración: «Se ha recibido un despacho de La Haya diciendo que la enfermedad que padece la reina Guillermina son fiebres tifoideas.»

Han hecho bien en decirlo.

Porque por aquí creíamos todos que la enfermedad sería la misma de la otra vez.

Una augusta patada que le dió en el agosto vientre su agosto marido durante una augusta borrachera.

¡Barbaridades augustas de la augusta gentel!...

CARRASQUILLA.

EN BÉLGICA

Los diputados socialistas

Cuando Soriano, Lerroux, Fuente y yo entramos en la Cámara de diputados de Bruselas,

preguntamos á un hujer—sin intimidarnos ante las coronas reales que adornaban su uniforme— por el jefe ó representante de la minoría socialista y republicana.

Era día de grandes emociones parlamentarias. Fuera del palacio, en el inmenso parque de la plaza monumental, correteaban los grupos de niños bajo los árboles; pasaban al galope por las inmediatas avenidas los carruajes de esa burguesía belga, dueña de una gran parte del capital europeo y de casi todos los ferrocarriles del mundo; pero esta calma de tarde sosegada y hermosa de primavera contrastaba con una agitación extraña, como de sorda irritación, que parecía conmover las amplias galerías y las colosales escaleras del templo parlamentario. La sesión acababa de levantarse y pasaban ante nosotros los diputados, en gesticulantes grupos, con la cabeza descubierta.

—¿Son ustedes los diputados españoles?

Nos hacía esta pregunta un hombre joven, de arrogante presencia y ademanes nerviosos, brillándole los ojos azules y penetrantes tras los lentes de oro, y acariciándose los cabellos rubios que caían en rizados sobre su alta frente.

Era León Furnemont, el diputado de Charleroi, la gran cuenca carbonífera; el tribuno de los mineros, que cuando pronuncia discursos á sus electores lo hace al aire libre, ante un público que no baja de cincuenta mil personas. Nos habló en español, sin otra incorrección que la del acento, y á las pocas palabras recordó su estancia en España hace algunos años, cuando asistió al Congreso universal de librepensadores celebrado en Madrid con motivo del centenario de Colón.

Un belga extraordinario, con mucho de español y de italiano; un pensador y un artista al mismo tiempo; orador y hombre de acción; enterado perfectamente del último libro literario, del más reciente descubrimiento científico y de las últimas elecciones verificadas en la más lejana é insignificante republiquinilla de América; hablando lo mismo de las cuestiones políticas y sociales, con la originalidad de un talento independiente que de la grandeza de Wagner, cuyas óperas sabe de memoria.

—Mis compañeros están reunidos—dijo—y me envían á saludarles como conocedor de España. Estamos en momentos difíciles. Pero pasen ustedes; los diputados revolucionarios de Bélgica quieren saludar á sus compañeros de España.

Entramos en un salón y vimos en torno de una gran mesa á los treinta y ocho diputados socialistas. Rembrandt hubiera pintado un hermoso cuadro, copiando aquellas cabezas simpáticas, llenas de una intensa vida, que se escapaba por sus ojos inteligentes. Unos eran morenos, de fuerte barba negra, como vivientes testimonios del paso de la dominación española por Flandes; otros enormes, pesados, con triple sotabarba de grasa, crespas cabelleras y erizados bigotes del color del maíz, y la piel blanca con manchas amarillentas y rosadas, como los obesos personajes de Rubens.

Todos ellos lamentaban la conducta fría y casi hostil que los gobernantes de Francia habían observado con nosotros.

—Ésa Francia!...—decía Furnemont con su habitual tono de zumba.—Conocemos bien á los franceses: sólo quieren la República en su casa; son unos republicanos que no trabajan para la exportación.

Yo contemplaba admirado á los individuos de la minoría parlamentaria más temible que existe en el mundo. Uno para todos y todos para uno. Son más que hermanos, y marchan unidos, sin necesidad de jefatura alguna. Una vez que un ministro espadachín intentó insultar á un diputado socialista, gritó Furnemont en plena sesión:

—El señor ministro se guardará de tocar ni un cabello á cualquiera de nosotros, porque los treinta y ocho, considerando la ofensa como propia, caeremos sobre él y le daremos la gran paliza.

La advertencia surtió efecto, y hoy los diputados del pueblo en Bélgica son los únicos realmente inviolables, y pueden decir la verdad y servir la causa de los oprimidos, sin dedicarse antes á maestros de esgrima.

Cuando la superioridad numérica de los diputados clericales pretende atropellar el derecho de los socialistas, éstos apelan á medios tan originales como seguros para levantar la sesión.

Al pretender los diputados católicos enviar un mensaje al Papa, el simpático Furnemont gritó al Presidente:

—Si siguen cantándose aquí las glorias del Papado, nosotros cantaremos *La Marsellesa*. Lo advierto á la presidencia por primera vez.

Viendo que continuaba la discusión, hizo

por segunda vez la advertencia, y á la tercera púsose en pie y comenzó á cantar coreado por todos sus compañeros. El himno revolucionario se repitió tantas veces como los católicos intentaron reanudar el debate, y al fin el Presidente se vió obligado á levantar la sesión.

Cuando los reaccionarios pretendieron votar una ley restringiendo el sufragio aun más de lo que está en Bélgica, los diputados socialistas se presentaron con cuernos de caza y otros ruidosos instrumentos, terminando la sesión con una espantosa concurrencia.

Son diputados como no los hay en país alguno. En perpétuo contacto con sus electores, viviendo siempre entre ellos—pues la pequeñez del territorio belga y la gran rapidez de los trenes les permite marchar por la noche á sus casas después de la sesión y pasar por la mañana dedicados á sus ocupaciones profesionales—sus mítins son diálogos familiares con el pueblo, y con tan franco cariño le tratan, que para educar literariamente á la masa, organizan funciones dramáticas en el teatro de la Casa del Pueblo de Bruselas, y los principales oradores del socialismo se encargan de interpretar los personajes de Ibsen, de Hauptman y otros dramaturgos revolucionarios. Así se dió á conocer en Bruselas la *Electra* de Pérez Galdós. Máximo y Pantoja fueron dos elocuentes diputados, y las damas de la improvisada compañía mujeres de su familia. Son diputados que instruyen y divierten al mismo tiempo; tribunos que no abandonan á su pueblo ni aun en los momentos de esparcimiento. Así les siguen las masas con una confianza absoluta.

Presenciamos el final de la reunión de los socialistas.

El gobierno acababa de burlarles una vez más, retrasando la discusión del proyecto del sufragio universal. Los dos únicos partidos del país, el llamado católico, donde figura todos los monárquicos; y el socialista, que contiene á cuantos son enemigos de lo existente, iban á librar un nuevo combate.

Los clericales desean prolongar el sistema de la pluralidad de votos; absurdo procedimiento que concede al rico el derecho de que su voto valga por tres, cuatro ó cinco, según la cuantía de su fortuna, mientras el pueblo, que solo dispone de un voto por individuo, no puede imponer su voluntad.

Los diputados de fuera de Bruselas iban á partir para sus casas. Cada uno daría cuenta á los electores de su ciudad de todo lo ocurrido. Por la noche Bélgica entera estaría en ebullición.

—No queremos hacer una revolución armada—nos dijo Furnemont al salir de la Cámara.—Es inútil derramar la sangre del pueblo cuando se tiene abierto el camino del derecho. Nos basta la agitación para lograr que se proclame el sufragio universal, y el día que éste sea un hecho, como el país está con nosotros, seremos mayoría en la Cámara y gobernaremos nosotros. La gente se impacienta y desea ir á la revolución; pero Bélgica tiene un ejército de 40,000 hombres número excesivo para su territorio, y no queremos que esos señores, que juegan á los soldados, se diviertan fusilando al pueblo.

—¿Y si la lucha sobreviene á pesar de todo?—dijimos nosotros.

—Pues entonces no seremos tan neciamente románticos que vayamos á pelear contra los fusiles y los cañones con las herramientas del trabajo. Los obreros tienen dinamita: volaremos los túneles y los puentes, y los capitalistas clericales transigirán para evitar el daño en sus riquezas.

Y lo decía sonriendo, bromeando, con la confianza del que tiene detrás el inmenso ejército negro de las minas de Charleroi.

—Esta noche me quedo en Bélgica para presidir el mítin de la Casa del Pueblo. Telegrafiaré á mi mujer avisándola. Conviene contener á los impacientes de Bruselas; pero creo que, á pesar de nuestra prudencia, ocurrirán conflictos esta noche.

Y al entrar en una cervecería, hermosa y artística como el interior de un cuadro de Teniers, nos dijo Furnemont:

—Vengan ustedes á la Casa del Pueblo sólo como curiosos. Conviene que no intervengan en nuestros asuntos. El gobierno, que está receloso por su llegada, y los hace seguir por los polizontes, ordenaría su expulsión, dándonos con ello un disgusto. Hemos de hablar mucho de los asuntos de España. Nosotros trabajamos también para la exportación, pues vemos hermanos en todos los revolucionarios del mundo.

BLASCO IBÁÑEZ.

De actualidad

Según acuerdo del Consejo, las Cortes reanudarán sus sesiones del 24 al 26 de Mayo. El 30 será la lectura de los presupuestos. Durarán las sesiones hasta Julio.

Según datos de los ferrocarriles, calcúlase que irán á Madrid para la coronación cien mil forasteros.

Existe hospedaje para 150,000. Con destino á los restantes se construirán barracones y tiendas de campaña.

Después de las vacaciones de jura se presentarán á las Cortes los proyectos de ley de asociaciones, reforma municipal, catastro y otros de orden secundario.

La fiestas oficiales de Madrid comenzarán el 15, terminando el 19.

La *Gaceta* publicará decreto para que vayan Tribunales, aulas y oficinas.

Los príncipes extranjeros vendrán del 13 al 14.

Los trenes especiales serán formados en Irún.

El Congreso obrero de Vianoa (Portugal) aprobó la constitución de unión galaico-portuguesa de las sociedades adheridas.

El emperador Guillermo se ha ofrecido al arreglo del conflicto italo-ruso.

Se le han hinchado las rodillas al rey Víctor Manuel de Italia, á consecuencia de una caída que sufrió cazando.

En Bruselas se ha celebrado un mítin para persistir en la actitud de acudir al rey, puesto que les desoyó el gobierno.

El Liberal aplaude los acuerdos del gobierno á favor de las subsistencias.

Espera que persistirá en la solución del problema adoptando un sistema de reformas que suprima las trabas y gabelas que imposibilitan el desarrollo de la industria y agricultura.

Mochales interviene en el debate político para exponer la actitud de sus amigos y los motivos que les han llevado á separarse de Teñán.

Hará profesión de fe silvelista.

En Vigo fundó la escuadra francesa del Norte.

Saludó á la plaza.

El almirante visitó á las autoridades.

Tocóse la *Marsellesa*: entusiasmo.

Firmóse decreto autorizando la presentación en Cortes del proyecto rebajando el arancel de las carnes.

A causa del duelo de la Corte, no desparecieron los ministros.

Sagasta hizo lo breve.

Londres: insistese en afirmar que en Pretoria se han presentado las bases de la paz, entre las que figura que los boers reconocerán que se les ha vencido.

En la Cámara de los Comunes el diputado Gibson preguntó al gobierno sobre las medidas para poner en salvo á los buques que fondeen en Gibraltar, de los fuegos de cañones que estuvieron emplazados en territorio español.

El ministro Balfour contestó que respecto de Gibraltar manteníase la misma política de siempre.

Criminal indiferencia

Muchas y variadas son las causas patológicas que tienen reducida á España á la vergonzosa y lamentable situación porque viene atravesando, pero entre todas ellas descuella, con la enorme fuerza que le imprimen sus hondas raíces en nuestra caduca sociedad, la enfermedad, crónica en nosotros, conocida con el nombre de *indiferencia*, y que con imperio absoluto, incontestable y omnipotente, vive más y mejor que en las capitales, en nuestros pueblos, refractarios en su mayoría á cuanto lleva el sello de civilización y de progreso.

Es un hecho más que probado que únicamente los que están animados de miras ambiciosas, que tienden á fines ruines é interesados, ocupanse en los pueblos del curso de la política imperante, sin que á todos los demás importe un bledo, según sus propios decires, sean tal ó cual el sistema y forma de gobierno, unos ú otros los hombres que á título de gobernarnos nos roben con entera y vergonzosa desfachatez, y sordos á las súplicas del pueblo que los elevó, pierden un tiempo precioso, que reclaman para sí las tan urgentísimas reformas sociales, en vanas discusiones, y su entera vida política de orgía en orgía, de festín en festín, derramando á

manos llenas el producto de sus explotaciones, encenagados en toda clase de placeres y delicias, envueltos en deliciosa atmósfera, constituida no por otros elementos que el sudor honrado y la salud gastada del que trabaja siempre... sin protestar de tanta inmoralidad y de tamaña podredumbre social.

Ocurre, y esto es ley general en todos los pueblos de España, que el titulado, el rico propietario y el que lo es menos, el artista como el jornalero, viajeros rezagados en la eterna y constante carrera del progreso, amoldados aparentemente unos y otros con entera realidad á las ordinarias ocupaciones y peculiares exigencias de una vida puramente vegetativa, muy rara vez se ocupan en discutir la bondad ó maldad del actual régimen, y juzgando por sus actos racionales acerca de la conveniencia ó inconveniencia de su estabilidad.

Nada les preocupa á todos ellos que en los albores del siglo 20 continúe aún nuestra nación regida por la más odiosa de las instituciones; la monarquía encarnada en una señora, como tal muy digna de respeto y consideración, pero hija de extraño suelo, donde debió quedarse, y que mira impasible, afanándose no obstante y absorbiendo su principalísima atención el obrar según plazca á la corte pontificia y recabar millones de indulgencias, pruebas de simpatía, palabras de consuelo y consejos *desinteresados* del jefe de la Iglesia, chocho y caduco sibarítico, que á semejanza de las prostitutas favoritas de títulos y ricachones, no viste sino con ricas telas, necesita de perfumes, vive en suntuoso palacio, es dueño de una fabulosa fortuna, y esto no obstante llámase, porque así lo consiente nuestra hipócrita sociedad, representante en la tierra del Cristo que nació en ruinoso establo, vivió pobre, pidió limosna y murió más pobre aún, desnudo y en toco madero....

¿Ha levantado protesta alguna, se hacen preparativos de cualquiera índole en nuestros pueblos, ante la triste y por extremo desgraciada realidad para nosotros, de que, pasado que sea un mes, ha de tomar las riendas del Estado, *si no llueve*, un joven sin otros méritos y aptitudes, sin otras enseñanzas y propósitos que los adquiridos en la escuela del despotismo, de la tiranía, de la opresión y del oscurantismo?

Nada. Continúa, persiste el mismo estado flumático inseparable de los hombres de nuestro tiempo; mas en cambio, escuchad á estos mismos hombres, impasibles ante tanta iniquidad, como se lamentan y desahogan con injurias é imprecaciones, al recordarles el pago de las contribuciones, que han de dar el fruto del sudor propio y de sus familias para satisfacer el momio de muchos millones que nos cuesta el lujo de ser esclavos de los que, en sus lujosos palacios rodeados de fastuosa corte y deshonrosa camarilla, se olvidan ó por mejor decir, simulan no oír los ruegos y lamentos de la multitud famélica y del pueblo honrado que los tolera.

¿Se hace algo provechoso en nuestros pueblos para contribuir á la muerte de ese asqueroso roedor llamado clericalismo, síntesis de todos los males que nos aquejan?

Nada: mas apesar de ello, ponen el grito en el cielo al tener que contribuir con el fruto de sus tierras y de sus energías al mantenimiento de esas falaujes de arzobispos, obispos, canónigos y demás vagos de igual calaña, que sólo se han distinguido siempre por su afeminación, inutilidad, intrigas y vida licenciosa, y que únicamente se distinguen hoy por sus activas maquinaciones é infatigable odio contra todos aquellos que ansiamos respirar las auras suaves y vivificadoras de la libertad, é implantar el imperio de la igualdad y de la justicia.

Es muy frecuente, casi constante, oír lamentarse á los habitantes de los pueblos, del abandono en que se les tiene por parte de los que gobiernan, como si éstos fuesen los culpables; no: los culpables son aquellos que faltos de energía, de capacidad, no son capaces de resistir á la mancomunada presión de sus viles caciques, tan déspotas como repugnantes, á los cuales entregan sus votos y con ellos la libertad, para elevar á los que, una vez conseguida la investidura del tirano, se convierten en verdugos de los mismos que le sirvieron de escala para elevarse.

Las quintas: hé aquí otra de las continuas pesadillas de los que no saben explicarse cómo y por qué esta ignominiosa contribución de sangre ha de pesar única y exclusivamente sobre los que no han cometido otro delito que el de nacer pobres y no disponer de la suma necesaria para redimir á sus hijos de la esclavitud, para evitar que les sean arrebatados los seres más queridos de su corazón cuando más falta les hacen, cuando en la edad más lozana ayudan al mantenimiento del hogar, de donde son transportados á las cuadras de los cuarteles, donde